

Alimentar el espíritu, alimentar el cuerpo: marginalidad, lectura y cultura literaria en *Patíbulo para un caballo*, de Cronwell Jara Jiménez

José R. Chávarry
Franklin & Marshall College

RESUMEN: Este artículo analiza la representación del libro y la lectura en la novela *Patíbulo para un caballo* (1989), del escritor peruano Cronwell Jara Jiménez, y su función frente a la marginalidad. La novela forma parte de la narrativa de la barriada, un espacio urbano periférico erigido por migrantes de provincia y caracterizado por la precariedad, la informalidad y la violencia. Mientras que otras obras del género se aproximan a este espacio desde los lentes de la miseria y la otredad, Montacerdos, la barriada en *Patíbulo para un caballo*, es una población que lee y que se vale de sus prácticas lectoras para imaginar y crear futuros alternativos y propios. Sugiero que los personajes de la novela hacen de la cultura libresca una experiencia íntima y cotidiana, y que al hacerlo trascienden los parámetros impuestos desde una comunidad imaginada nacional que los criminaliza. En su lugar, surge una múltiple y heterogénea experiencia lectora, en donde el libro y la lectura, entendida a nivel espiritual y corpóreo, devienen formas de afirmar la potencialidad creadora de sujetos en los márgenes. El hambre de lectura de los pobladores de Montacerdos presenta no una falta o ausencia que debe ser explicada desde fuera, sino la posibilidad de autoafirmación y control sobre sus propias narrativas.

PALABRAS CLAVE: narrativa urbana, barriadas, lectura, hambre, Cronwell Jara Jiménez.

En su nota "El libro en la calle" de 1977, publicado en un número especial de la revista *Runa* dedicado al estado del libro en el Perú, el escritor y periodista Jorge Salazar lamenta el deterioro de las condiciones lectoras del país y el inminente desplazo de la lectura "lenta y pausada" hacia la "esquizofrenia" de la venta ambulante de libros. Si bien, para Salazar, la causa de la erosión del valor formativo y estético de la lectura yace en la emergencia de la sociedad del consumo, la razón socioeconómica más inmediata en el Perú tiene que ver con la llegada a Lima y las ciudades de poblaciones migrantes del interior, quienes, obligados por un sistema desarrollista a dejar sus tierras y "tomar por asalto" las esquinas citadinas, hacen de la venta de libros una forma de subsistencia. Al hacerlo, transforman los "modales" de la lectura de antaño (caracterizada, según el autor, por la experiencia de la librería de viejo) en mera transacción, generando un comercio ambulante en donde "la sed de conocimiento" es remplazada por "el gusto vacío e insípido" que caracteriza al desarrollismo y que las masas migrantes contribuyen a fomentar (20-21).

La nota de Salazar revela las ansiedades citadinas respecto a lo que el sociólogo José Matos Mar llamó el "desborde popular", o la incorporación social, económica y cultural de vastos números de migrantes provenientes de provincias, particularmente de la región andina, a las ciudades costeñas y en especial Lima en la segunda mitad del siglo XX. Estas migraciones masivas se dieron, desde los cuarenta, por la decadencia del agro y el desempleo que esto trajo, y luego a raíz de la violencia causada el conflicto armado interno

entre Sendero Luminoso y el estado peruano a partir de los ochenta (Vilanova, "The Emerging Literature" 2). Desde la literatura, estos procesos migratorios (y sus causas socioeconómicas) habían sido retratados en una creciente obra que incluía la narrativa de Julio Ramón Ribeyro en *Los gallinazos sin plumas* (1955), de Enrique Congrains Martín en *Lima, hora cero* (1954) y *No una sino muchas muertes* (1958) y de José María Arguedas en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), además de la ensayística de Sebastián Salazar Bondy en *Lima la horrible* (1964), entre otras. Con un enfoque realista y a través de miradas sociológicas o antropológicas, estas obras se acercan a la condición migrante, y la vida en las barriadas o asentamientos humanos fundados en las afueras de las ciudades por estas poblaciones, para examinar la marginalidad causada por el desarrollismo industrial y capitalista en el país. Salazar, escribiendo más de una década después de estas tempranas obras, ve ya no una sociedad en las afueras de la ciudad que la literatura puede captar y explicar, sino un esquizofrénico y desenfrenado embate por parte de las masas migrantes en contra de la ciudad letrada. Para Salazar, pareciera que la lectura, aquella práctica sosegada de conocimiento y comunicación, peligró al contacto con el desborde popular.

La novela *Patíbulo para un caballo* (1989), del escritor peruano Cronwell Jara Jiménez, propone una mirada alternativa a la relación entre lectura y marginalidad, una anclada en la práctica lectora como forma de afirmar la heterogeneidad y la capacidad creadora de una población migrante.³ A través de la mirada de la joven protagonista Maruja, la obra muestra aquellos primeros años de las fundaciones

barriales, oscilando entre una representación realista a una mirada más estilizada, de un registro popular y oral a un lenguaje barroco y atravesado por referencias provenientes de una alta cultura. La novela de Jara Jiménez narra la historia de Montacerdos, una barriada de migrantes de distintas regiones del país, quienes han ocupado tierras en las afueras de Lima y reclaman sus derechos sobre el espacio ya que su supuesto dueño, la Hacienda Muñoz Quintana, no ha presentado pruebas de posesión. A lo largo de la trama, los habitantes se enfrentan tanto a las fuerzas policiales, que regularmente entran al territorio con la misión de desalojar a los pobladores, como a las violencias internas y los conflictos entre los mismos habitantes. Montacerdos representa una pluralidad de comunidades, las cuales no conforman una identidad única sino una multiplicidad de proveniencias geográficas, culturas y formas de entender la sociedad y la afirmación política. O, sugiere Antonio Cornejo Polar, una realidad de los bordes, marcada por "figuras polimorfas de la nacionalidad" que imposibilitan todo discurso armónico del mestizaje y apuntan hacia la caótica y abrumadora heterogeneidad del país (298). En la novela es esta heterogeneidad quien toma la palabra: los márgenes pasan de ser concebidos como un territorio que debe ser auscultado, entendido y representado por la ciudad letrada, a un espacio desde donde sus sujetos pueden afirmar sus propios deseos, tensiones y violencias. En mi lectura, *Patíbulo para un caballo* hace del libro y la práctica lectora elementos centrales de la barriada, dinamitando la supuesta oposición entre marginalidad y cultura libresca.

Sugiero, por un lado, que las escenas de lectura colectiva en la novela, donde los pobladores de Montacerdos se reúnen para leer y analizar los recuentos periodísticos de sus luchas, generan una conciencia comunitaria de su exclusión social por parte del estado y la nación peruana. El periódico, base de la "comunidad imaginada" en la formulación clásica de Benedict Anderson, marginaliza a los pobladores de la barriada, quienes se oponen a las representaciones hechas por los medios de comunicación. Por otra parte, mientras el periódico criminaliza y enajena a los migrantes, la lectura literaria les permite a los habitantes de Montacerdos afirmar una relación íntima y personal con la cultura letrada y libresca. Montacerdos, y esto marca una diferencia significativa con otras obras sobre la experiencia de los márgenes, es una barriada que lee, donde los libros circulan libremente y sirven como formas de escape a las violencias que ciernen a la población. A la vez, la novela se pregunta por cómo la lectura literaria se puede enfrentar a las necesidades materiales de los habitantes de la barriada. En particular, me interesa indagar sobre la relación entre lectura y hambre: en Montacerdos la lectura es una práctica corpórea, y el libro sirve, de manera metafórica y literal, para llenar los estómagos. De esta forma, los personajes encuentran en la lectura literaria un vector de afirmación personal y colectiva, rechazando formas de legibilidad impuestas desde fuera, por los centros de producción letrada oficial, y proponiendo maneras de leer que surgen desde las necesidades y los cuerpos propios de lectores en los márgenes.

Mi lectura parte de previas aproximaciones a la novela y propone nuevas líneas de investigación en torno a esta. En gran medida, la crítica en torno a *Patíbulo para un caballo* se ha enfocado en la relación entre mito y realidad como parámetro de interpretación del mundo marginal de la barriada. James Higgins califica a la novela como un "mito fundacional" de las nuevas comunidades migrantes, ya que los habitantes de Montacerdos logran exitosamente defender su población hasta que el estado la legitima y autoriza el derecho de los pobladores sobre el terreno (*Myths of the Emergent* 114). Por otro lado, Cynthia Vich sugiere que la contraparte realista de la novela revela los límites de este mito fundacional y de la visión heroica de una comunidad cohesionada que emerge victoriosa del enfrentamiento por la supervivencia. Para Vich, las violencias entre los mismos habitantes de Montacerdos demuestra que la novela no propone una versión idealizada de la barriada sino cómo la ignorancia y la represión interna fracturan e impiden cualquier ideal comunitario (149). Esta complejidad viene de que *Patíbulo para un caballo*, a diferencia de las obras pertenecientes a la narrativa urbana antes mencionadas, como las de Congrains o Salazar Bondy, muestra una mirada desde dentro: Jara Jiménez, proveniente del departamento norteño de Piura, migró a la capital de joven y vivió en una barriada en las afueras de la ciudad, tal como los protagonistas de su obra. Por esto, su obra se aleja de lecturas miserabilistas o reivindicadoras de la marginalidad, y el énfasis yace en la heterogeneidad de la barriada. Como señala Nuria Vilanova, Jara Jiménez,

siente y vive en carne propia la dad de este submundo urbano que está evocando y al hacerlo desaparecen de esta narrativa el paternalismo, la denuncia, las reivindicaciones, los juicios de valor y los mensajes intencionados que subyacen implícita y explícitamente en otras obras que abordan la subalternidad desde la hegemonía, desde un centro que mira a la periferia" ("La ficción de los márgenes", 205).²

Siguiendo estos acercamientos previos a la novela, propongo que la presencia del libro y de la práctica lectora pueden ayudarnos a entender la heterogeneidad que una novela como *Patíbulo para un caballo* visibiliza.

En los márgenes de la comunidad imaginada

Desde finales de los años cuarenta y principio de los cincuenta, las barriadas de Lima se formaron con las "invasiones", de carácter organizado o paulatino, por migrantes provinciales en las afueras de la capital. Estos asentamientos humanos se constituían a medida que estos pobladores iban dividiendo los terrenos y asignando lotes para viviendas, por lo general construidas con materiales precarios como esteras y palos, y espacios públicos como escuelas y mercados (Collier 35). Si bien los regímenes militares de Manuel A.

Odría (1948-1956) y Juan Velasco Alvarado (1968-1975) apoyaron, de manera oficial o encubierta, el desarrollo de estos espacios populares con el fin de legitimar sus mandatos a través del apoyo público, en un principio las tomas y edificaciones de barriadas resultaron en largos y arduos enfrentamientos con la policía, ya que muchos de estos lotes eran propiedades municipales o privadas. Más allá de la continua amenaza de desalojo, las barriadas también carecían de necesidades vitales, incluyendo electricidad, agua potable o acceso a productos alimenticios, además de instituciones como escuelas y postas médicas. Como describe Vilanova, una vez que las primeras oleadas de migrantes ya se habían integrado a la vida citadina (periférica), poco a poco, y a través de una creciente economía informal, se pudieron procurar recursos básicos, así como servicios de transporte hacia la ciudad. A mediados de la década de los setenta, durante el gobierno reformista y populista de Velasco, algunas de estas poblaciones, como Villa El Salvador, recibieron apoyo estatal y privado, lo cual propició el desarrollo y la cada vez mayor incorporación de las barriadas a Lima (*Social Change and Literature* 19-21). Cabe mencionar, sin embargo, que estos espacios siguen siendo, al día de hoy, económica y socialmente marginales, y que muchas de las mismas violencias de décadas anteriores (ficcionalizadas en la narrativa urbana ya mencionada) continúan vigentes.

Los habitantes de Montacerdos viven en un constante enfrentamiento no solo con las fuerzas policiales, quienes tienen órdenes de desalojarlos, sino con el estado y la nación peruana en general. Como ha señalado Vich, la violencia a la que se enfrentan los pobladores no es solamente la fuerza militar, sino también de carácter simbólico: en el discurso policial, esgrimido por el comandante Dantón Pflucker, Montacerdos es un basural o vertedero, una amenaza a la salud física y moral hacia la capital, y sus habitantes sujetos sucios y contagiosos (144). Sin embargo, esta caracterización proviene no solo de los policías (de los cuales, en cualquier caso, los pobladores no esperan otro trato), sino de la sociedad civil y de la esfera pública, representada en la novela a través de los medios de comunicación, en especial el periódico. Según Benedict Anderson, la circulación del capitalismo impreso, es decir del periódico, hizo posible la creación de un tiempo horizontal y simultáneo, en el cual lectores separados geográficamente empezaron a compartir un sentimiento de pertenencia a la nación y sus valores. Esta "comunidad imaginada" surgió, señala Anderson, sobre la base de un lenguaje común y fijo, que aplanó diferencias entre distintas variedades eligiendo a aquella más dominante para funciones administrativas como la lengua oficial del periódico (74). En Montacerdos, la función del capitalismo impreso no es aceptar o incorporar a los nuevos pobladores ciudadanos a la nación sino, precisamente, de construir una barrera entre ambos, representada en la novela por el cerco policial que rodea a la barriada (Higgins, *Myths of the Emergent*, 115). En otras palabras, si según Vich el discurso de basurización opera desde el estado y a través de las fuerzas policiales, a partir de la circulación del periódico se hace

también manifiesto un intento de excluir a estas poblaciones migrantes de la nación.

La lectura de periódicos en Montacerdos se hace de manera colectiva, y en estos los habitantes de la barriada se ven retratados – y se desconocen – en la comunidad imaginada peruana. Estas escenas de lectura se dan cuando los pobladores se hacen de periódicos y comparten y analizan sus contenidos. La primera de estas escenas ocurre cuando los pobladores de la barriada consiguen un periódico que relata el reciente enfrentamiento entre Montacerdos y la policía; en este, se hace un recuento de la batalla campal y de la captura de Pompeyo Flores, el héroe de la novela, un ser cuasi mítico de una fuerza y tamaño descomunal, quien se convierte en una de las principales armas de los pobladores en su lucha contra el estado. Tras la batalla, Pompeyo es abaleado y arrastrado por la policía hacia un centro de salud en la ciudad, donde presuntamente muere a causa de las heridas. El periódico que consiguen los pobladores narra la brutal represión de los habitantes y la muerte de Pompeyo de la siguiente manera:

Falleció uno de los reyes del hampa. Tras larga agonía dejó de existir uno de los implicados en la toma ilícita de tierras, Pompeyo Flores Flores...luego de la emboscada propiciada por una horda de hampones negros e indios contra guardias civiles que llegaban a imponer justicia y orden, donde tuvieron que defenderse en gran batalla campal para no perder sus vidas, lográndolo, más no pudiendo desalojar a los facciosos (103-104).

Mediante el binarismo en la caracterización de los migrantes (una "horda" de "facciosos" que tiende una "emboscada") y los policías (quienes deben "defenderse" y defender la ley del país), el reportaje demuestra el posicionamiento de los periódicos del lado de la oficialidad, reforzando la otredad de la barriada y su ilegalidad. Al hacerlo, ubica a los habitantes migrantes de Montacerdos como sujetos que amenazan la integridad la nación, la cual deberá ser defendida mediante su represión y extirpación. Queda claro, más aún, la racialización de esta contienda, donde "negros e indios" componen las masas que atentan contra la sociedad civil. Si como apunta Anderson, el capitalismo impreso sienta las bases de una comunidad arraigada en un tiempo y una lengua compartidas, en Montacerdos estas características sirven para aislar a su población (especialmente comunidades no blancas) de todo sentimiento de pertenencia a la nación. Además, que el periódico no circule libremente en la barriada, sino que debe ser adquirido por contrabando, demuestra que su supuesta simultaneidad temporal no puede tener lugar.

La lectura colectiva, por lo tanto, es una forma de enfrentarse a estas limitaciones, ya que, con un solo periódico y a través de un solo lector, un conjunto de habitantes de la barriada puede cuestionar y rebatir los discursos impuestos sobre ellos desde los centros de producción letrada y oficial. En estas escenas, los pobladores

se niegan a creer en lo que leen: "Los periódicos inventan", se ríe Sansón, un vecino, "Cómo puede usted creer en ellos" (105). En otra instancia, cuando el cura del pueblo, el padre Villalobos, recrimina a los pobladores y les dice, "los periódicos dicen que aquí se arraiga el infierno", éstos desmienten las acusaciones y muestran su hartazgo con las denigrantes descripciones de los medios de comunicación (253). Y en otro momento, cuando un médico voluntario llega a la barriada para ayudar a controlar el tifus y otras enfermedades contagiosas, este piensa que podrá gestionar ayuda de las autoridades de Lima: "iré a los periódicos y ante el propio Ministro de Gobierno y Policía intervendré por ustedes". A lo cual los habitantes de Montacerdos le contestan que será acusado de subversivo por intentar interceder por ellos (280). Así, para la barriada es evidente que los medios de comunicación son una extensión del aparato estatal y que, tal como las fuerzas policiales o la burocracia gubernamental, forman parte de la maquinaria excluyente de la nación. Las escenas de lectura colectiva, en las que se reúnen los pobladores, sirven como espacios donde aquellos discursos son rechazados. De esta forma, Montacerdos afirma su propio valor comunitario, no uno otorgado por la comunidad imaginada de la nación, sino, precisamente, en aquel que se burla y desconoce su autoridad en la barriada. Por eso otro vecino, el Gringo Pérez, luego de que la población ha leído la nota sobre la captura y muerte de Pompeyo, pregunta, riéndose: "¿quién cree en [los periódicos]?" (110).

Cabe señalar que la radio juega un papel similar al periódico en la novela, y los mismos discursos que los noticieros imparten de manera escrita circulan a través de otras tecnologías. Si bien con la radio no estamos, técnicamente, frente a escenas colectivas de *lectura*, los efectos son los mismos. Como señala Michelle Hilmes, la llegada de la radio prometía, aún más que el periódico, la horizontalidad y la homogeneización de un público oyente a través del borramiento de las distancias y físicas y sociales. Desde luego, añade, esta horizontalidad también generaba distinciones de registros lingüísticos y normas sociales, privilegiando a unos y deslegitimando a otros (352-356). En *Patíbulo para un caballo*, la radio comparte los noticieros que, al igual que los periódicos, acusan a los habitantes de las barriadas de haber tomado tierras privadas de manera ilegal y violenta, brutalizando a los oficiales. El reportaje radial describe a los pobladores como "malhechores y mujeres de mal vivir" y como "vagabundos y facinerosos", una vez más representando su lucha como una afrenta no solo a las leyes sino a los modales de la comunidad nacional (82). Al igual que con la lectura del periódico, después de escuchar los mensajes radiales los habitantes se rechazan a aceptar las caracterizaciones impuestas sobre ellos. El Matabueyes, un vecino, se queja: "¿Malhechores? ¿mujeres de mal vivir? ...Carnicero soy desde ñeño, y Gringo Pérez el Transparente, mecánico electricista es; y mi mujer la Eulogia, negocia carnes y vende puercos... ¿Dónde estamos los bandoleros, los asesinos?" (83). Y, cuando se enteran, también por un noticiero de la radio, que el comandante Pflucker organiza el desalojo de Montacerdos, rechazan el nombre impuesto a la barriada

por los medios de comunicación: "¿Y quién demonio le dio ese apodo de Montacerdos? ¡No es decente, suena feo, a muladar y chiquero!" (200).

Así, la recepción de los medios de comunicación fomenta momentos de indignación colectiva, donde la lectura, del periódico y de los discursos oficiales, genera una respuesta comunitaria y solidaria entre los habitantes de la barriada. Tanto el periódico como la radio, vehículos de una comunidad imaginada excluyente y alienante, imponen la nación en base a límites, geográficos, lingüísticos y culturales, criminalizando a aquellos quienes han sido obligados a dejar sus provincias por el sistema desarrollista impuesto desde la misma ciudad capital. En respuesta, los pobladores organizan sus propias asambleas, y en contra de los discursos oficiales se conciben como parte de la nación por su honradez y su conocimiento de las leyes y reglamentos del país. Después de todo, como la vecina Juana Almontes señala, ellos saben que la Hacienda Muñoz, supuesta dueña del terreno, no tiene sus papeles en orden tampoco, por lo cual nadie tiene un reclamo más "real" que el otro (200). Se pone en tela de juicio, de esta manera, al capitalismo impreso, que a pesar de su discurso a favor de la legalidad no está al tanto de las ordenanzas del conflicto, mientras que los pobladores de la barriada, criminales para la nación, sí lo están. En otras palabras, a pesar de la marginalización y el analfabetismo, Montacerdos es una población que críticamente entiende su lugar dentro de la nación.

Hambre de lectura

Si el capitalismo impreso potencia una comunidad imaginada que se construye mediante la marginalización y criminalización de poblaciones migrantes, es a través del libro y la lectura literaria, que los personajes afirman su capacidad creadora y conciben discursos alternativos de participación social y cultural. De hecho, Montacerdos es un espacio atravesado por bibliotecas que dotan a la barriada de distintas tradiciones literarias, coloniales, modernas, realistas y fantásticas, nacionales y universales. La relación entre los habitantes y los libros son íntimas y variadas, y diversas prácticas lectoras se hacen evidentes en los hogares de los personajes, pero también en prostíbulos, Casas de la Poesía y, como haré énfasis, en los cuerpos mismos de los sujetos. Desde estos espacios, los libros circulan y cumplen distintos usos para cada personaje, pero siempre relacionados a las necesidades de cada uno. A la vez, las prácticas lectoras y la relación con la cultura literaria no permanecen estáticas, sino que se transforman a lo largo de la novela; a través de estas tensiones y negociaciones, los habitantes de Montacerdos hacen suya una tradición letrada y afirman su capacidad para participar de ella y movilizarla. En este sentido, si en la nota de Salazar la migración interna y el crecimiento demográfico de las ciudades es la causa del deterioro de prácticas lectoras y su remplazo por un consumo caótico y caprichoso, la novela de Jara Jiménez cuestiona y desafía la separación entre cultura libresca y marginalidad.

En Montaceros, los personajes hacen de los libros vehículos de sus propias subjetividades. Al inicio de la novela, Maruja y su hermano Yococo conocen a Pompeyo, quien en señal de afecto les regala los libros de su "biblioteca" personal, que lleva en sus bolsillos sin fondo de su abrigo: a Maruja, quien más adelante en la trama demostrará un interés por husmear a las prostitutas de la barriada, le da el Kama Sutra, aún cuando los otros niños le advierten que ella se come las hojas de los libros (volveré a esto más adelante); a Yococo, el Códice sobre el vuelo de los pájaros, de Leonardo da Vinci. El efecto que tiene este sobre el niño es representativo de una de las funciones que cumplen el libro y la lectura: como manera de imaginar futuros posibles más allá de la violencia y la marginalidad. Y no solo imaginar, sino también de movilizar a los personajes a hacer de este sueño una realidad: Yococo, obsesionado con los cantos de las aves, usa el Códice como guía para construir una máquina que vuela, con la cual los niños cruzan sobre la barriada. Cuando su hermana y los otros jóvenes ven a la máquina surcando los aires, estallan en algarabía y asombro: "empezaron a ascender y vagar por el cielo del barrio...hasta que la máquina se perdió de vista sumergiéndose bajo una montaña de algodón bajo la luz perpleja del sol" (147). Como señala Vich, la escena del vuelo de la nave muestra que la barriada "recupera su autoestima y se imagina legitimada dándose el lujo de proclamar la gloria de su hazaña" (147). Esta hazaña se hace posible precisamente a través del libro, puesto que la lectura no está solo ligada a la imaginación, sino que la materializa, convirtiéndose en un literal vehículo del deleite.

Más significativamente, la función del libro está al centro de los debates entre los pobladores de Montaceros, en tanto su potencial como arma de concientización y lucha.³ La figura emblemática de estas discusiones es la profesora Celia Ordoñez: asesinada por su labor política a través de la difusión de libros y mediante programas de lectura, y por su presunta afiliación marxista, es frecuentemente evocada como representativa de la necesidad de hacer de la lectura una herramienta en la mejora de las condiciones materiales de la barriada. En particular, sus preocupaciones giran en torno a la falta de alimentos en Montaceros. A causa del estado de sitio y prohibido el ingreso de comida y víveres, el hambre se va apoderando poco a poco de los habitantes, que hacen lo que pueden para meter alimentos a escondidas. "Somos el hambre", dice Pompeyo (171). La enseñanza de la profesora era, justamente, que la lectura debía servir como forma de procurar la comida – y que, a la vez, sin comida no podía haber aprendizaje. Juana, presidenta del Club de Madres de la barriada, les dice a las otras mujeres de la comunidad: "También lo decía la Celia: *'al lado de mi libro, ¡viva mi plato de frijoles!*' Pues sin comida, decía, no habían ganas de aprender" (192, cursivas en el original). Esta equivalencia se vuelve un dilema de la gallina y el huevo para los pobladores, algunos de los cuales piensan, como Juana, que la lectura y la reflexión es la base del desarrollo de proyectos sociales en la barriada. Otros, sin embargo, ven en la lectura un lujo frente al problema principal, que es la falta de alimentos y la malnutrición: "Y yo quiero vivir

con la barriga llena", dice la Ojos Lindos, al oír a Juana (191). La conversación se interrumpe cuando llega un joven a quejarse de que un camión con víveres ha logrado entrar a la barriada, pero que debajo de una magra capa de verduras había "puras carpetas y pizarras...Puros libros y ollas vacías". Cuando se preguntan qué le van a echar a las ollas, Hilda, otra vecina, responde irónicamente: "Échele libros" (192).

Estas discusiones acerca de la relación entre lectura y hambre son evidentes a lo largo de la novela.⁴ En otra instancia, cuando Isabel, la Santísima, recuerda a la profesora, dice que esta les "despertó el hambre de leer" a los niños, y que había sido asesinada por su "inteligencia sabia y profunda". A esto, otra joven le espeta: "¿Y nunca te habló que la inteligencia empieza por el vientre?" (89). No se trata, en efecto, de buscar una respuesta única a la función del libro: por el contrario, lo más significativo acerca de la relación íntima que los personajes de la barriada establecen con la lectura es que, al hacerla suya, surgen debates y posturas distintas. En otras palabras, se hace evidente la heterogeneidad de Montaceros, donde cualquier visión esencialista o totalizante de comunidad se topa con las tensiones internas que vienen de las múltiples y divergentes interpretaciones, y usos, de la cultura letrada y libresca. En la novela, las dos salidas que se presentan giran en torno a los protagonistas, Maruja y Pompeyo, para quienes el libro y la lectura presentan una forma de saciar el hambre, tanto físico como afectivo, que propicia la marginalización. Como señala Alfredo Quintanilla, a través de las resoluciones de las tramas de estos personajes la novela conduce a una ambivalencia entre una propuesta científicista y otra literaria y mágica, ya que la profesionalización de la niña (quien de adulta se convierte en socióloga) y el abandono de la literatura por Pompeyo parecieran entrar en conflicto con la existencia de esta novela en sí (16). Podemos añadir que estas aparentes contradicciones surgen de un impulso por hacer de la barriada, un escenario al margen de la comunidad imaginada de la nación, un centro de producción y debate intelectual.

Maruja y Pompeyo, para quienes la lectura es una práctica corpórea, encarnan aquella tensión entre la alimentación mental o espiritual y la nutrición física. En efecto, el apodo de la joven, "la tragalibros", no es metafórico. En varias ocasiones, la niña es objeto de burla por parte de los otros personajes, quienes se ríen de ella porque se come los libros que tiene al alcance. Por eso, cuando Pompeyo le regala el Kama Sutra, le dice juguetonamente: "Sé que devoras hojas de libros...que leías mucho en la escuela de la profesora Celia. Pero te gustaban como lechugas..." (34). Aquí, lectura y comida se equiparan: las hojas de los libros son para Maruja como hojas de lechugas; el acto de leer (de dar vuelta a las páginas) se compara con el acto de deshojar la verdura. El hambre de la niña se impone sobre su capacidad cognitiva de aprender a procesar y "digerir" el conocimiento en los libros que le daba la profesora. La lectura de Maruja, entonces, es una práctica física que, por su hambre y su falta de socialización lectora, empieza en el estómago. En otro momento un muchacho del grupo, Pablo el Malo, le saca

en cara con sorna más que en juego: "ella sí se come las hojas cada que va leyendo un libro. Me debe Las Mil y Una Noches. En su panza de araña Alí Babá y los cuarenta ladrones todavía deben estar buscando la salida de la cueva, sin hallarla" (89). De esta manera, los otros habitantes de esta barriada lectora ven a la tragalibros como un personaje extraño, no entrenada en aspectos básicos de la lectura (el libro se lee, se procesa y luego se comparte) e incapaz de separar sus necesidades corpóreas de su desarrollo mental y social.

Según Thomas McLaughlin, es curioso que leer se compare con uno de los procesos físicos más íntimos y abyectos del ser humano, por la conceptualización del libro como una fuente de sustento mental y cognitivo antes que fisiológico y mundano (143). La lectura, señala parafraseando a Norbert Elias, es una práctica "aimed precisely at raising human beings above their bodily functions, but in a return to the repressed, perhaps, reading is associated through daily habit with the 'pre-civilized,' animalistic, mortal human body" (23). Sin embargo, y a pesar de toda forma de racionalizarla como un alimento mental, la lectura es antes que nada resultado de una serie de adaptaciones y tecnologías del cuerpo (de los ojos, los brazos, la espalda); la más "mortal" y "baja" de estas actividades es el comer, puesto que implica la destrucción y la asimilación de lo comestible al cuerpo – y finalmente su excreción (142). Como el retorno de lo reprimido, sugiere McLaughlin, el uso de la metáfora de la comida demuestra que la lectura es, antes que una práctica analítica, una experiencia del cuerpo.

El desarrollo del personaje de Maruja a lo largo de la novela está basado en su socialización lectora, precisamente porque la niña se "civiliza" a medida que aprende a distinguir lectura de la alimentación. Al principio, come desmedidamente, sin reflexionar sobre los contenidos del libro, solo para saciar sus instintos y apetitos corpóreos: "se sorprendían al verme siempre leyendo un libro y deshojando sus hojas para llevármelas a la boca" (51). Sin embargo, al final de la novela, Maruja vuelve a la barriada de adulta, como estudiante universitaria de ciencias sociales, para escribir una tesis sobre las migraciones internas y la explosión demográfica urbana. Entrevistando a una de sus antiguas vecinas acerca del más reciente enfrentamiento con la policía, le dice, emocionada: "¡Tiene que resultar una tesis universitaria perfecta! A las ciencias sociales le interesa este acelerado proceso de migración dese los Andes y la selva hacia Lima" (331). Al dejar el asentamiento y educarse en la capital, Maruja se ha concientizado en la práctica lectora: se ha "civilizado" porque ya no se come los libros, sino que los entiende como herramientas para el estudio, serio y comprometido, de las condiciones socioeconómicas del país. Ha dejado, también, las lecturas (y comidas) fantásticas de la niñez, de tradiciones clásicas y extranjeras, y ahora se dedica al análisis de la realidad nacional. La alimentación de la mente reemplaza a la necesidad del cuerpo.

Respecto a esta resolución, Vich ha señalado que la evolución de Maruja representa el abandono de una aproximación a la barriada a través del mito (y de una estética y un lenguaje fantásticos), y la afirmación de su compromiso intelectual con la historia y la

realidad social del país (153). A la vez, podríamos leer esta escena y esta transformación en el personaje de Maruja como un rechazo de aquella lectura física y encarnada, o una forma de reprimir las patologías y los afectos producidos por el contacto con el libro, antes literalmente inscritos en el cuerpo de la joven. Vale la pena preguntarse, entonces, cuál será el efecto de su tesis doctoral para los habitantes de la barriada: si, en efecto, al venir de una persona que ha vivido su experiencia, el libro cumplirá su función explicativa, reivindicativa y política. O si no, por otro lado, terminará en las ollas y los estómagos de los montacerdos. La novela, en cualquier caso, deja la posibilidad abierta, pero queda claro que la resolución del personaje de Maruja apunta hacia la entrada de cuerpos y saberes marginales en la ciudad letrada.⁵

Mientras Maruja representa la socialización de la práctica lectora y la necesidad del discurso científicista y comprometido de la sociología, Pompeyo Flores encarna la búsqueda de la función de la lectura literaria como arma en contra del hambre y la marginalidad. Pompeyo es el héroe de la lucha de Montacerdos por la dignidad, ya que su personaje revela "la miseria ocasionada por la injusticia y por las condiciones de subdesarrollo en que viven las masas peruanas" (Higgins, "Mitos de los sectores emergentes" 104). Pompeyo es la personificación de la barriada en sí: su resistencia ante la muerte, luego de los numerosos intentos por parte de la policía de eliminarlo, es también un paralelo con la manera en que los pobladores de la barriada afirman sus derechos a la tierra y la vida. Y, en particular, representa el hambre, desesperante y abrumador, que sufre la barriada a raíz del estado de sitio que impide el ingreso de alimentos. El joven come de todo para satisfacer su "hambre despiadado, pantagruélico, más abismal que él. Un hambre para morir. Que lo arrastraba a comer también tierra, guano piedras. Que lo torturaba" (36-37). El hambre lo define: los juegos que inventa son formas de imaginar banquetes fabulosos, de hacer de las migajas y sobras que encuentra manantiales de sabor y nutrición. En estas actuaciones, crea espacios de diversión entre los jóvenes, quienes se imaginan degustando alimentos a los que finalmente pueden acceder. En la mágica Casa del Té, Pompeyo y los otros niños se sientan a la mesa, "levantando las cucharas embutimos haciendo que comíamos, alzando los cachetes, eructando con moderación, bajando y subiendo los dedos extendidos, si eran tenedores; a dedos en pozo, si eran cucharas" (266).

Más adelante, cuando los personajes vuelven a la Casa de Té, la hallan convertida en una Casa de la Poesía, en cuyo Huerto de Poemas ven, detrás de vitrinas, una exhibición de poesía surrealista y dadaísta. Frente a esta, los niños se aburren al no entender los "estrabóticos" poemas, mientras que Pompeyo queda "hechizado... ¡¡maravilloso!", le hacían musitar, '¡súmmum de la cultura universal!'" (309). Los niños quedan fascinados, por lo tanto, cuando en su abrigo encuentran, además del poema "España, aparta de mí este cáliz", de César Vallejo, "un pergamino de seda rosada" escrito en el lenguaje de las flores, el cual Pompeyo usa para comunicarse imaginariamente con Liliana Leyva, su amada (208).

El lenguaje de las flores, un sistema esotérico de comunicación en código, se popularizó en el siglo XVIII como forma de enviar mensajes de amor y erotismo que debían ser decodificados a través del significado otorgado a distintas plantas y flores (Kranz 195). Este lenguaje, representado en la novela por una escritura orientalista, funciona como el vehículo de la imaginación y el deseo de Pompeyo, mediante el cual proyecta su mundo poético y sensual sobre el espacio basurizado de la barriada.

Esta devoción a la alimentación del espíritu y el alma, sin embargo, cambia cuando Liliana lo rechaza. En este momento, el lenguaje de las flores es desplazado por una poesía diferente, una que celebra los frutos comestibles de la tierra. Sumido en la lectura profunda y amplia de todo cuanto puede consumir, a manera de saciar su inacabable hambre, Pompeyo tiene un "arrebato profético" y un "descubrimiento feliz" acerca de las "ciencias y artes del cultivo y la cosecha de legumbres y menestras" (313). Se encuentra, en los libros de botánica de la profesora Ordoñez, con una literatura sobre plantas comestibles y cómo producirlas. Así, el deleite de la poesía da lugar a la posibilidad de usar la literatura como arma contra el hambre. Rápidamente, arroja los ejemplares de la poesía surrealista y los reemplaza con las "Odas a la zanahoria" y "Poemas al Agro", "para después continuar con espinelas vinculadas a la vaca, la anacreóntica al bife y las octavillas al queso y sus derivados; sin obviar otras formas poéticas elogiando el sabor y las cualidades nutricias de las menestras, el frijol, la quinua..." (313). La mirada de Pompeyo hacia la función de la literatura cambia, dándose en vez a la búsqueda de la alimentación del cuerpo.

A diferencia de Maruja, quien aprende a reprimir su impulso de comerse los libros para saciar su hambre y se socializa en una práctica lectora "civilizada", Pompeyo no renuncia a la necesidad del cuerpo. En vez, hace de la lectura una forma de vencer el hambre, no comiéndose los libros, sino creando una biblioteca que eduque a la barriada en cómo alimentarse. Así, va colocando, al lado de cada poema algún vegetal en la Casa de la Poesía, "plantitas de verduras, apios, repollos y de caiguas frescas y florecientes, conseguidas no sé de dónde y regadas no sé cómo", añadiendo además breves reflexiones y sus propios versos (319). La lectura literaria se vuelve un instrumento del bienestar de los pobladores, no porque los reivindica sino porque les proporciona formas de subsistencia y vida. Los habitantes, al principio desconcertados y reacios hacia el magnífico plan, poco a poco empiezan a tomarlo en serio y a plantar semillas y a llenar las ollas en base a las enseñanzas de Pompeyo y su reinaugurada Casa de la Poesía. Así, y aún en medio de la constante amenaza de la policía, los habitantes de Montacerdos,

hallaron algún sentido a sus vidas y se les vio, aunque hambrientos, de momento, menos desesperados por el futuro; tampoco faltó quien, como lo hizo la Eulogia Garrido, puso las primeras semillas de maíz en un ancho cilindro y en una tierra días antes abonada, con la firma esperanza de que pronto llovería...Y se repartiría,

dichoso, como esos dioses de la tierra, como el la lluvia y el sol, por igual a todos (320).

Es en este momento que, facilitados por la lectura, los habitantes de Montacerdos hallan su propósito común: de trabajar juntos para garantizar la comida a todos.

Al final, la utopía de Pompeyo no llega. Los alimentos continúan "flotando arriba, inalcanzables, imposibles de coger" (321). A pesar de esto, concibe una biblioteca comestible, que hace de la lectura una forma de saciar el hambre y de la literatura algo propio e íntimo a la barriada. Dejando de lado sus libros y lecturas de tradiciones universales y, en vez, haciendo una selección basada en la necesidad inmediata, Pompeyo arraiga la práctica lectora en el cuerpo. De esta manera, concibe una respuesta tangible a la propuesta de la maestra Ordoñez, quien creía en la necesidad de hacer de la lectura un instrumento en la lucha contra la pobreza y el hambre. De esta manera, al final del proyecto literario y alimenticio de Pompeyo, lo que queda es menos aquella hambre infinita, monstruosa, y más las formas concretas en que los habitantes de Montacerdos se unen para cultivar y tomar control de su futuro. Para lograrlo, Pompeyo recurre a las posibilidades de la lectura y la poesía para alimentar, metafóricamente y literalmente, los cuerpos de la barriada.

Conclusión

Como apunta José Morales Saravia, el personaje de Pompeyo "está más allá de todo criterio de representación mimética" (131). De igual manera, *Patíbulo para un caballo* no propone una aproximación realista a las prácticas lectoras en zonas marginales ni, por ejemplo, las condiciones de bibliotecas populares. A pesar de que, como señala la crítica, la novela de Jara Jiménez expone o captura las violencias que afectan a estas poblaciones en los márgenes, en mi lectura lo novedoso de la obra yace menos en su capacidad representativa que en la transgresión del género, ya establecido, de la narrativa de la barriada, así como las interpretaciones de la barriada hechas desde la cultura letrada. Al hacerlo, rechaza la idea de comunidad imaginada que se impone a través del capitalismo impreso como base del tiempo horizontal de la nación, y quizás también cuestiona la sociología como ciencia explicativa de la realidad. En vez, hace de la relación íntima y física con el libro una forma de afirmar la potencialidad creadora de la barriada, de su hambre por autodefinirse a través de la práctica literaria. En otras palabras, si los habitantes se enfrentan a la policía que mantiene un cerco alrededor de la población e impide el ingreso de comida, la novela a su vez desafía que los parámetros que hacen que esta vida sea legible exclusivamente a través del lente de la abyección y la violencia. Por eso, si la nota de Salazar ve en la migración interna y la proliferación de los sectores marginales una amenaza a los valores de la literatura y la lectura seria, Pompeyo y *Patíbulo para un caballo* afirman que los placeres del libro y la literatura no son ajenos a la vida en las periferias urbanas.

La presencia del libro en la novela es una experiencia orgánica que existe para el consumo y placer de los habitantes de la barriada. En esta marea de lecturas, que incluyen desde autores latinoamericanos hasta corrientes literarias europeas y asiáticas, de libros de cocina a poesía surrealista y manuales de educación sexual, a medida que la trama central de *Patíbulo para un caballo* avanza de enfrentamiento en enfrentamiento también se perfilan formas concretas de encauzar estas prácticas lectoras, de conceptualizar la función del libro respecto a la violencia del hambre. Y es el hambre lo que define la experiencia de la lectura en la novela: un hambre tanto espiritual como física, un hambre devastadora que obliga a los niños a comer lo que sea para sobrevivir. En el caso de Maruja, esto se ejemplifica a través del consumo literal de las hojas de los libros que otros le prestan con el fin de educarla o deleitarla. La evolución de su personaje la conduce a dejar esta "lectura", puesto que representa una forma de instinto corpóreo básico e incivilizado que no le permite entender o procesar cognitivamente lo que consume. La instrucción del cuerpo lector a dejar de lado su necesidad física para enfocarse en el desarrollo mental y analítico resulta en su tesis universitaria, un documento explicativo de la condición social de la barriada. Pompeyo, por su parte, quien también come de todo, no logra saciar su hambre a través del alimento mental, por lo cual, como última lucha vital, se sumerge en las bibliotecas infinitas que tiene a su disposición y concibe un proyecto fantástico para generar alimentos a través de la lectura. Los poemas de su huerto se vuelven celebraciones de la comida, pero también instrucciones de cómo cultivar verduras y cuidar animales; a través de su labor antológica,

conduce a los pobladores de la barriada a trabajar colectivamente en el cultivo de alimentos.

En mi lectura, estos deseos, búsquedas, tensiones y contradicciones en torno a la cultura letrada y literaria hacen de Montacerdos un espacio propicio para el desarrollo de una sensibilidad lectora y artística. De esta manera, la novela rechaza aquel modelo de nación que se impone desde los centros oficiales del poder, y en su lugar plantea uno propio. Esta visión también está anclada en una práctica lectora compartida y comunitaria, pero que no impone un modelo esencialista o cerrado sino múltiple y heterogéneo. Es una idea de nación que se aleja del consenso, y que por lo tanto propone formas, a veces opuestas, de concebir el valor material y simbólico de la lectura. Siempre, sin embargo, estas apropiaciones de la cultura libresco vienen de las mismas necesidades materiales y espirituales de los habitantes de la barriada. Las discusiones en torno a los mensajes de los noticieros, los debates entre los alumnos de la profesora Ordoñez, la socialización lectora de Maruja, el huerto de poesía de Pompeyo, hacen de Montacerdos un escenario que no acepta una lectura externa, sino que propone sus propios y múltiples parámetros de legibilidad. En *Patíbulo para un caballo*, el hambre de Maruja y Pompeyo presenta una oportunidad para que ellos mismos encuentren la manera de saciarse; más que una falta, por lo tanto, el vacío de sus estómagos puede leerse como un ansia productiva, la cual propone salidas materiales o resoluciones utópicas, pero que en todo momento apunta hacia la autoafirmación.

NOTAS

¹ *Patíbulo para un caballo* ha tenido una segunda edición en 1994 y una tercera en 2019, publicada como homenaje al Premio Casa de la Literatura Peruana que Jara Jiménez recibió ese mismo año. El presente artículo toma como fuente la segunda edición del texto.

² Para una bibliografía completa sobre esta novela y la obra de Jara Jiménez en general, ver la compilación de Red Literaria Peruana, a cargo de Edith Pérez Orozco.

³ Señala José Morales Saravia que las labores de Pompeyo pueden leerse también como una alusión a los debates literarios y filosóficos acerca de la función de la literatura en los años sesenta y setenta (131).

⁴ Frank Otero Luque apunta que en 1987 Jara Jiménez viajó a Brasil para estudiar producción de guiones de telenovelas. Aquí, sugiere, es probable

que haya sido influenciado por la estética del hambre de Glauber Rocha y otros cineastas del *Cinema Novo* (331).

⁵ La segunda edición de *Patíbulo para un caballo* incluye, al final de la novela, un apartado titulado "Colina de los helechos (Poemas)", "el racimo de poemas" escritos por Pompeyo en la última sección de la historia (335). La inclusión de los poemas, además de una nota explicativa de Maruja (la compiladora), muestra que, a pesar de su profesionalización, la niña aún mantiene una nostalgia y fascinación por Pompeyo y su lenguaje literario y enigmático. Este colofón a la edición original nos permite entender que, a pesar de profesionalización, Maruja no ha abandonado la lectura literaria del todo. Estos poemas pertenecen al mismo Jara Jiménez, y habían sido publicados anteriormente en otras fuentes, como en la misma revista *Runa*. Agradezco a mis lectores por señalar esto.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Collier, David. *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. Instituto de Estudios Peruanos, 1978.
- Cornejo Polar, Antonio. "Literatura peruana e identidad nacional: tres décadas confusas". *Perú 1964-1994: Economía, sociedad y política*. Editado por Julio Cotler. Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 293-302.
- Jara Jiménez, Cronwell. *Patíbulo para un caballo (Última versión, corregida y aumentada)*. Instituto Cambio y Desarrollo, 1994.
- Higgins, James. "Mitos de los sectores emergentes en la narrativa peruana actual". *Literatura peruana hoy: Crisis y creación*. Editado por Kohut, Karl, José Morales Saravia y Sonia Rose. Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, 1998, pp. 99-105.
- Higgins, James. *Myths of the Emergent: Social Mobility in Contemporary Peruvian Fiction*. Institute of Latin American Studies, University of Liverpool, 1994.
- Hilmes, Michelle. "Radio and the Imagined Community". *The Sound Studies Reader*. Editado por Jonathan Sterne. Routledge, 2012, pp. 351-362.
- Kranz, Isabel. "The Language of Flowers in Popular Culture and Botany". *The Language of Plants: Science, Philosophy, Literature*. Editado por Monica Gagliano, John C. Ryan y Patricia Viera. U of Minnesota Press, 2017, pp. 193-214.
- Matos Mar, José. *Desborde popular y crisis del estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. 3ra ed. Instituto de Estudios Peruanos, 1984.
- McLaughlin, Thomas. *Reading and the Body: The Physical Practice of Reading*. Palgrave Macmillan, 2015.
- Morales Saravia, José. "Cronwell Jara y la nueva novela de la ciudad". *Literatura peruana hoy: Crisis y creación*. Editado por Kohut, Karl, José Morales Saravia y Sonia Rose. Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, 1998, pp. 120-133.
- Otero Luque, Frank. *Del etnovaivén al etnobúmeran: identidad cultural, estrategias de resistencia e impronta literaria del subalterno en el Perú*. Tesis doctoral. Florida International University, 2017.
- Pérez Orozco, Edith. *Cronwell Jara. Bibliografía esencial*. Red Literaria Peruana, 2019.
- Quintanilla, Alfredo. "De caballos y montacerdos". Prólogo a *Patíbulo para un caballo (Última versión, corregida y aumentada)*. Instituto Cambio y Desarrollo, 1994, pp. 11-16.
- Salazar, Jorge. "El libro en la calle". *Runa*, no. 5, agosto-octubre 1977, 20-21.
- Vich, Cynthia. "Entre el mito y la historia: la construcción imaginaria de la barriada peruana en *Patíbulo para un caballo* de Cronwell Jara". *Inti* vol. 67, no. 68, 2008, pp. 139-56.
- Vilanova, Núria. "La ficción de los márgenes". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 26, no. 51, 2000, pp. 201-14.
- Vilanova, Núria. "The Emerging Literature of the Peruvian Educated Underclass". *Bulletin of Latin American Research* vol. 17, no.1, 1998, pp. 1-15.